

PLUMA Y LAPIZ



NÚM. 68

FRANCISCA FERNANI

Fot. de Audouard.



IV

LOS EDUCANDOS (PARÉNTESIS).

Para seguir la carrera
hay que tener vocación,
yendo una vez tan siquiera
á ponerse el capuchón.

(*La Gran Via. Jota de los tres ratas*).

No ha de tratarse aquí particularísimamente de ninguna de las FEAS ARTES, sino de los pequeños alumnos que cursan pacienzudamente algunas de las asignaturas más precisas para poder figurar dignamente algún día en aquéllas y señalarse á su tiempo en cualesquiera de los procedimientos feos más en uso.

Qué ocasión la presente, al tratarse de los *artistas* en embrión, para lucirse un sociólogo disertando sobre la educación de la infancia abandonada y sobre los deberes humanitarios tan en desuso... Qué brillantes párrafos escribiría un novelista cursi-psicológico narrando en términos lacrimosos los lazos que, desde su niñez, van poco á poco amarrando al crimen y á la abyección á los granujillas del arroyo...

Huyamos del sentimentalismo de sociólogos y novelistas, y entremos en materia.

La enseñanza elemental de los *guripas*, *granujas* ó *golfos*, seres abandonados casi siempre por sus papás, y libres, por consiguiente, desde que saben andar, es muy delicada de suyo.

El *golfillo* no paga habitación: duerme donde se le presenta. Para nutrirse no anda con remilgos y rebaña en las calderas el rancho sobrante de los cuar-

teles, y viste con los desechos del último andrajoso.

Algunos se hacen lazarillos y guiando á los ciegos mendigan su sustento. Otros lo toman mañosamente en los puestos de los vendedores ó en las cestas de las criadas, sin previas lecciones de *cacología*, con lo que demuestran sus aptitudes por intuición. Pero unos y otros son los menos.

Los golfos que pretenden ilustrarse, los que verdaderamente sienten el *arte*, buscan profesores que les hagan hombres y asisten á colegios donde algunos *cacólogos* retirados de su azarosa profesión, después de haber servido en ella muchos años, sin conseguir que la nación les reconozca derechos pasivos, se ven forzados á enseñar lo que ellos antes aprendieran—no es cosa de que lo bueno desaparezca—mediante el pago en especie, como honorarios, de la mejor parte de lo que sus discípulos *afanen* y que ellos venden á comerciantes sus paniaguados.

El aprendizaje es engorroso y cuesta *leña*. No todos los que se matriculan llegan á ser *artistas*, conforme no todos los que estudian llegan á ser sabios. Los *estudiantillos* paulatinamente someten las falanjes de los dedos de sus manos á una gimnasia especial, hasta adquirir en ellos un tacto exquisito. Así, pues, los párvulos *operan* sobre el sensibilísimo cuerpo de un maniquí, como los estudiantes de Medicina sobre un inanimado cuerpo humano. Pero este cuerpo humano es ya cadáver y sus nervios no se excitan, mientras los del maniquí, constituídos por centenares de cas-

cabeles, conmueven al más sutil contacto, delatando cual lenguas perversas al taimado que osa tropezar con ellos. Quien extraiga al maniquí el reloj ó el pañuelo de sus bolsillos, silenciosamente, sin hacer sonar los cascabeles, es aprobado tras varios ensayos en el curso experimental de la primera enseñanza de las FEAS ARTES. Ya puede ejercer su profesión por esos mundos y ser reconocido como *blasfemo* ó *quincenario*, (palabritas con que la cultura moderna designa al que se apropia de lo ajeno y mora periódicamente quince días en las cárceles).

Me río yo de los peces de colores y del telégrafo con ó sin hilos. Un reloj, *verbi gratia*, apandado por uno de esos caballeretes, recorre no ya con la velocidad del telégrafo, sino con velocidad mayor que la del eco ó la de la luz, calles y plazas extrañadas, hasta caer en manos de algún *industrial* ó *prestamista* sin escrúpulos.

En estos *timos* de poca importancia intervienen, generalmente, tres individuos. Un *licenciado* en FEAS ARTES y dos aprendices. El primero verifica la operación de apoderarse de algo que otro lleva; los segundos hacen correr el objeto robado, tomándolo el que está más próximo al *licenciado* de sus propias manos y transmitiéndoselo al otro, para que éste, á su vez, lo ponga en las del *industrial* referido, verificado á veces todo ello antes de que el desposeído se dé cuenta de que le falta algo.

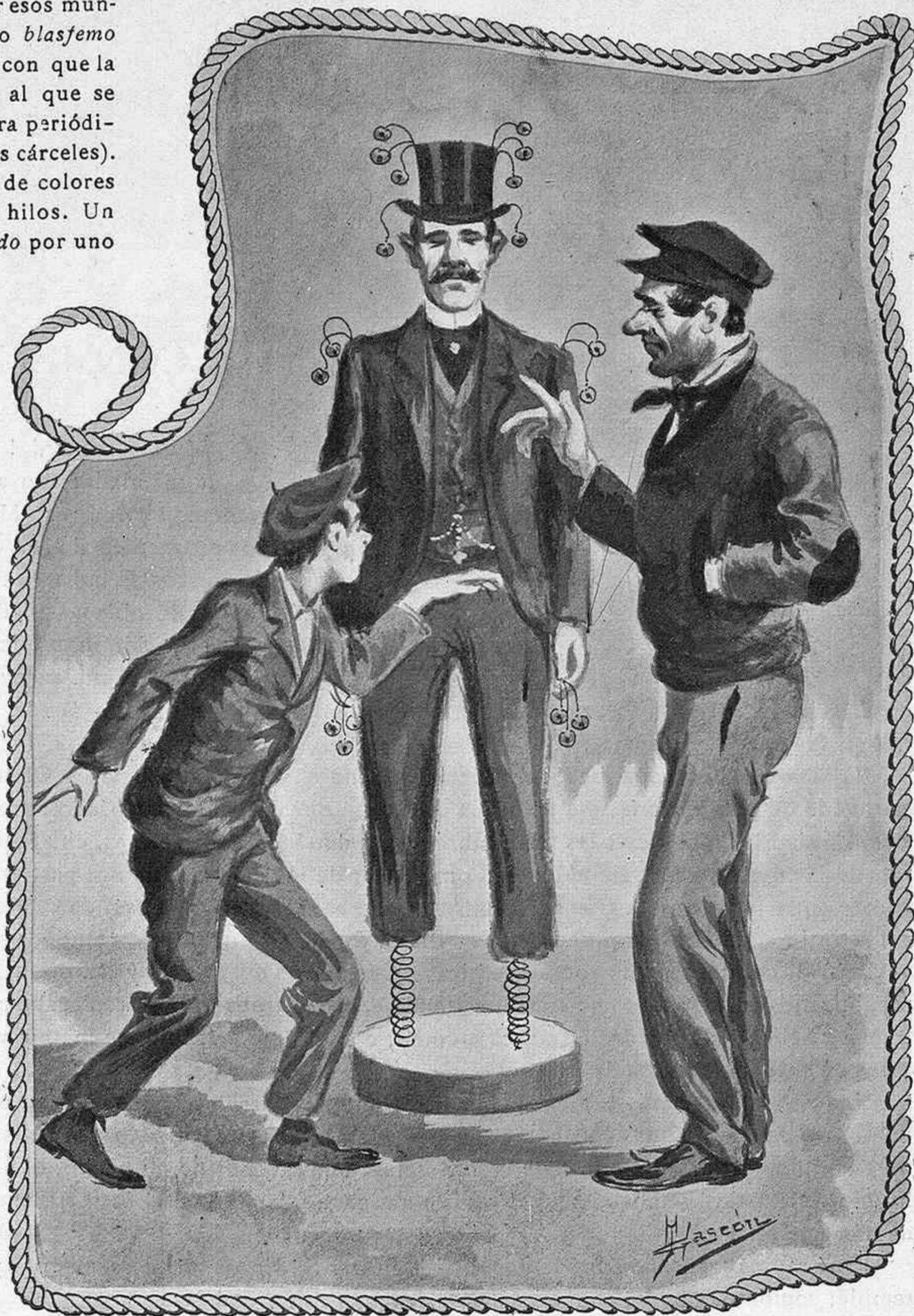
¡Si los trenes sud-expresos corrieran con tanta rapidez como la alhaja robada! Pero ¡ca! no es posible. Aquélla casi vuela...

Comparemos. La alhaja es el tren; el desposeído de ella, la estación de partida; el *rata* que se toma el trabajo de *timar* la alhaja, la primera estación

de llegada; los dos aprendices las siguientes y el prestamista la última estación, donde el convoy muere.

Tiempo invertido en el viaje: unos cuantos minutos.

¿Qué ferrocarril, por deprisa que ande, no tar-



daría más tiempo en llegar al sitio de su destino?

Por eso se ha dicho antes que un reloj en manos de tales *artistas* recorre el espacio con mayor velocidad, no ya que el tren ni el telégrafo, sino aún que el eco ó la luz.

JULIO VICTOR TOMEY

Ilustraciones de T. GASCÓN.



CONMEMORACIÓN

Cómo lo recuerdo! Cogiéndole las vueltas á mi madre me asomé tímidamente á la ventana alguna vez. Menudeaban los cañoneos; los proyectiles de la tropa estrellábanse en los pedruscos de la barricada, haciendo saltar una lluvia de afiladas piedrecillas que herían con más precisión aún que las bayonetas. La tropa subió á las casas, avanzando como por la calle,

para lo que anduvieron los zapadores muy listos en derribar tabiques. Desde los balcones y ventanas hacían fuego á los de abajo.

Hallábase la barricada medio deshecha. Era un combate monstruoso. Oíase algo muy parecido al estruendo de gran ferrería, esa balumba espantosa que impone y ensordece; tronaba el fusil, tronaba el cañón, caían los tabiques y las techumbres; allá, detrás de los cañones, chispeaban las herraduras de la caballería en el desigual empedrado. Como dolor de los huesos, que nos partiesen con un serrucho, percibíase entre la gran nota trágica el sonsonete de bocados, de espuelas, de sables, del piñoneo del gatillo, del retintín agudo que producen la faca y la bayoneta en pugilato horrendo, y la maldición, el rugido, el vibrar de cornetines, las voces enérgicas, el costalazo del que cae y el aullido salvaje del que vence. Los republicanos embestían como tigres, saltando sobre la tropa, que se replegaba para volver á cargar. Entraban y salían los soldados en mi casa como, con el flujo y reflujo, se mete y vuelve á salir el agua del mar por entre los huecos de las rocas.

Una vez, un soldado, con el ros hacia adelante, la carrillera por la barba, el capote sucio, roto, las puntas del faldón cogidas con botones á las caderas, el fusil afianzado y la bayoneta calada, vínose para mí como una furia; vi la punta de la bayoneta á una pulgada de mi pecho, di un grito de espanto y cerré los ojos. Mi madre se abalanzó á él como una leona y le arrancó el fusil. ¡Ejemplo misterioso del poder de una madre!

¿Qué rápida transición fué la de aquel hombre? Se vino á mí, desarmado ya; mi madre le dejó, yo no temblé; cogióme la barba con sus ásperos dedos, y dijo riéndose:

—De buena te has librado, chiquillo.

Y luego, á mi madre:

—Patrona, ¿hay agua para beber?

Mi madre le dió el fusil y le dió agua. (No quiso vino). Bebió el soldado.

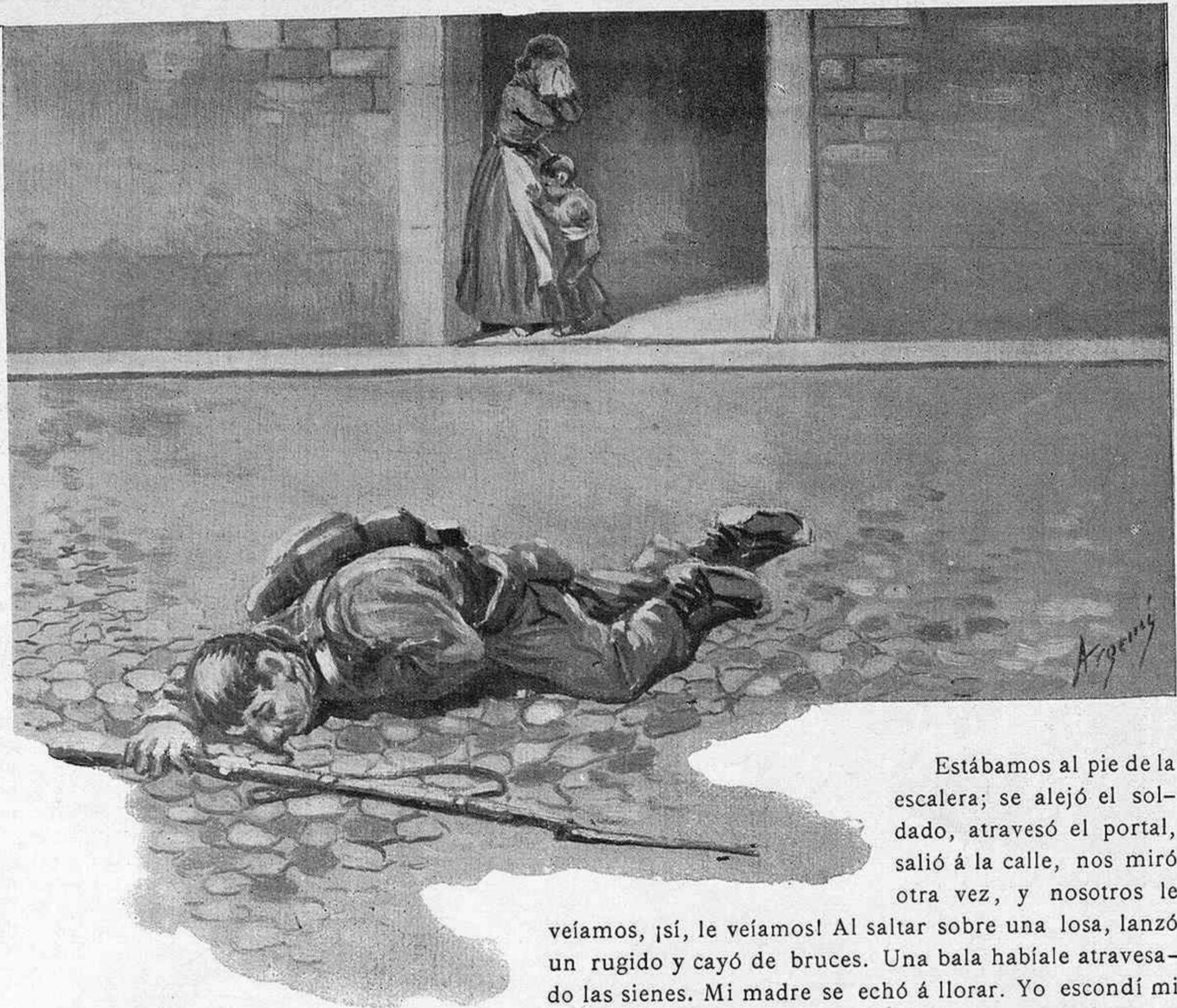
—Ea—exclamó,—no fué nada.

Se inclinó, me besó, y añadió con risa violenta:

—Dios quiera que tu padre te pueda librar de quintas.

Mi madre estrechó su mano; el hombre se conmovió profundamente, y murmuró con esfuerzo:

—Ahora al deber. Adiós, patrona.



Estábamos al pie de la escalera; se alejó el soldado, atravesó el portal, salió á la calle, nos miró otra vez, y nosotros le

veíamos, ¡sí, le veíamos! Al saltar sobre una losa, lanzó un rugido y cayó de bruces. Una bala habíale atravesado las sienes. Mi madre se echó á llorar. Yo escondí mi cabeza en su falda.

Después, mucho después, transcurridos muchos años, al quedarme dormido en mi alcoba, y antes de dormirme también, parecíame escuchar que la puerta de la alcoba se abría; parecíame escuchar después pisadas lentas, y que venía hasta mí, acompasadamente, el soldado muerto, con sus sienes agujereadas; oí muchas veces en las baldosas el golpe de su fusil y el crujido de la silla al sentarse el soldado á mi cabecera. Mirábale yo con estupor profundo, pero sin miedo; permanecía un instante silencioso; bebía después un vaso de agua, levantábase, sentía en mi rostro el rostro de sus fríos dedos de muerto, y después... nada. ¡Silencio, obscuridad! El soldado había desaparecido con su fusil, con su mochilla y con los agujeros de sus sienes.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

UNA ANÉCDOTA DE ZORRILLA

Al gran cantor cuya muerte siempre ha de llorar España, pidió el editor Manini para un libro que editaba, unos versos; el poeta dió el plazo de una semana, para entregar los destellos que su musa le dictara, y en cuanto se cumplió el plazo fué el editor á la casa del gran autor del *Tenorio*, honra de las letras patrias,

cuando éste á escribir los versos prometidos empezaba.

Y cuando el cantor ilustre, sobre las cuartillas blancas dejaba rastros hermosos de su inspiración galana, en el cuarto del poeta entró y dijo la criada:

—Señor; ahí está *Manini*.

—¿Sí? Pues que vuelva *manana*, dijo enfadado Zorrilla, imitando á la muchacha.

LA MALA SEMILLA

ERASE en un país salvaje, donde la gente toda vivía á la buena de Dios. Los sabios eran allí desconocidos, jamás había habido soldados, ni sacerdotes, ni jueces, y la raza de los simpáticos usureros, sin duda á causa del atraso en que el país se hallaba, no había aparecido aún.

Trabajaban hombres y mujeres y niños, cada cual en la medida de sus fuerzas, cultivando el suelo, cuidando del ganado, procurando que en invierno no faltaran las provisiones que en abundancia se recogían en el verano. Los ancianos, que ya no podían con sus huesos, eran atendidos por sus hijos y nietos y, á falta de ellos, por los jóvenes todos que, pensando que algún día podrían hallarse en caso parecido, les hacían fácil la existencia. Cuando había un enfermo todos los sanos se apresuraban á proporcionarle cuantos remedios se le ocurrían. Es inútil decir que en aquella comarca nada se sabía de la pólvora ni ninguna gaceta había hecho su aparición. Servía el hierro para construir los aperos de labranza y los utensilios más necesarios. Con los cuchillos se cortaban el pan y las carnes de las reses que servían para la alimentación. Con las hachas se derribaban árboles. Con las hoces se abatían las espigas.

Y como á nadie se le ocurrió preguntar el objeto de la vida humana, como nadie pensó que el lujo pudiera servir para algo, como la ciencia era desconocida, como no había noción de lo tuyo y de lo mío, pues todo era de todos, ni la envidia, ni la soberbia, ni la pereza, ni la ira, habían causado jamás daño alguno en aquel país. No habiendo propiedades, no se conocía el robo; siendo todos afables unos para otros, jamás hubo delitos de sangre.

Y la gente vivía contenta y moría resignada, después de gozar cumplidamente de las galas de la naturaleza que en invierno se recoge para la obra de fecundidad, que estalla en flores durante la primavera, en frutos en verano y que esparce sus semillas en otoño, cuando ha llegado á su máximo grado de plenitud.

El arte era allí también desconocido. Algunos se extrañaban ante los esplendores de una puesta de sol, ó contemplando la soberana belleza de los paisajes de invierno, cuando la candidez de la nieve que cubre campos y árboles, encanta las miradas y eleva los corazones. Otros se deleitaban escuchando los trinos de los ruiseñores y jilgueros. Admiraban aquéllos la solemne arquitectura de las montañas y de los valles, las grandes masas de rocas superpuestas que forman los montes, los suaves declives que en majestuosos planos inclinados van á morir en la llanura extensa, *mare serenitatis* que produce cuanto al hombre hace falta. Y aquellas sensaciones confusas de admiración hacia las líneas, las armonías y los colores, eran todas las nociones que del arte tenían los hombres de la región bienhadada. Por fortuna para ellos, carecían de oradores, de literatos, de políticos.

Así, durante siglos y siglos, se deslizó tranquila la existencia de generaciones enteras en aquel país. El progreso no había aparecido jamás por allí, y la verdad es que á nadie le hacía maldita la falta. La gente vivía contento y moría resignada, y la vejez tenía regocijos de juventud y la edad madura energías de la niñez.

Con gran horror, con general asombro, con indescriptible escándalo, se supo un día que un joven, que ya de antiguo se distinguiera por una apatía inconcebible, había arrojado á viva fuerza de su cabaña á sus padres y hermanos. Estos, deplorando el caso extraordinario, la maldad inconcebible, edificaron una nueva cabaña. Pero el monstruo, no contento con lo hecho, después de comerse sus provisiones, en vez de ir al campo por otras, se dirigió á la casa de unos vecinos y les exigió que le dieran todas las suyas. Aunque escandalizados, consintieron en ello; pero advirtiéndole al que de tal modo obraba, que en lo sucesivo procurara trabajar, pues ellos no tendrían más provisiones que darle.

El muchacho, que era fuerte como un búfalo y descarado como una zorra, antes de conocer el castigo se rió en sus barbas, y les dijo que cuidaran de buscar nuevos alimentos. Y como lo pensó lo hizo. Después de consumir mañanas y tardes en la contemplación del cielo y la tierra, después de escuchar embelesado durante horas y horas el canto de los pájaros, después de admirar más de lo que convenía las líneas suaves y majestuosas por medio de las cuales y en gradación inapreciable las llanuras se convierten en colinas y éstas ascienden hasta transformarse en montes de ingente abrumadora hermosura, le ocurrió que las necesidades de su estómago le hicieron advertir que las provisiones por tan mala manera adquiridas se habían agotado, y entonces, sin calcular el daño que iba á cometer, dirigióse de nuevo á la casa de sus vecinos. Exigió la entrega de nuevas provisiones. Se las negaron. Sobre una mesa había un cuchillo. Empuñándolo con mano firme, dijo que quitaría la vida al que se las negase.

—¡La vida!—exclamó el vecino.—¿No sabes acaso, infeliz, que ni tú ni nosotros disponemos de ella? El hombre no muere hasta que la enfermedad que le postra acaba con él.

Irascible y enloquecido el mozo se lanzó hacia el viejo y en un instante le hubo degollado. Pero, entonces, los que presenciaron el horrendo crimen, sintieron surgir del fondo de sus corazones hervor de malas pasiones, nubló sus ojos un vapor de sangre, contrajéronse sus músculos para dixerse después con empuje irresistible, y diez manos á un tiempo cayeron sobre el temerario, que comprendió que la fuerza contesta casi siempre á la fuerza y la violencia responde á la violencia.

Aquel hombre quedó reducido á la impotencia. ¿Qué hacer de él? Reuniéronse en consejo todos los ciudadanos y, después de largas deliberaciones, acordaron que era preciso quitarle de enmedio, ya que, de lo contrario, no había en lo sucesivo existencia segura, provisión guardada, trabajo fijo de todos para todos. Y llevando al mozo al borde de un abismo, en él le despeñaron.

Pero el mal ejemplo había cundido. Muchos pensaron que valiéndose de la fuerza y de la astucia les sería posible vivir sin trabajar, vivir á expensas de la labor ajena. Y como eran unos salvajes, así lo hicieron. Y tuvo que celebrarse un consejo cada día, y así nacieron los jueces. Y como éstos se hallaban atareados, la comunidad se encargó de mantenerlos. Y sus hijos, alimentándose con las sobras de sus padres, fueron artistas, y nació la mentira y el crimen, y el robo fué moneda corriente entre aquellos hombres que antes vivían contentos y morían resignados.

Y el progreso reinó en aquella comarca, que tenía ya soldados y sacerdotes y jueces.

A. RIERA.

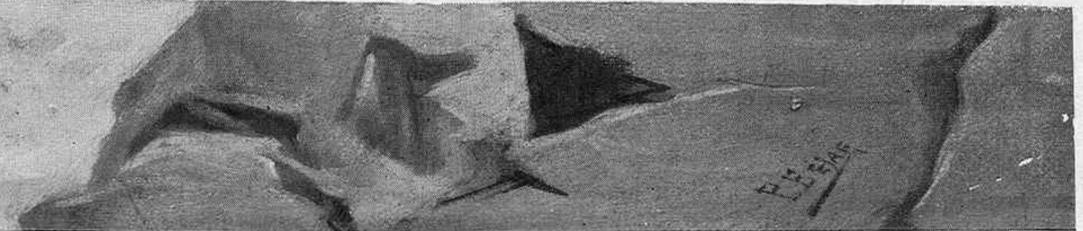
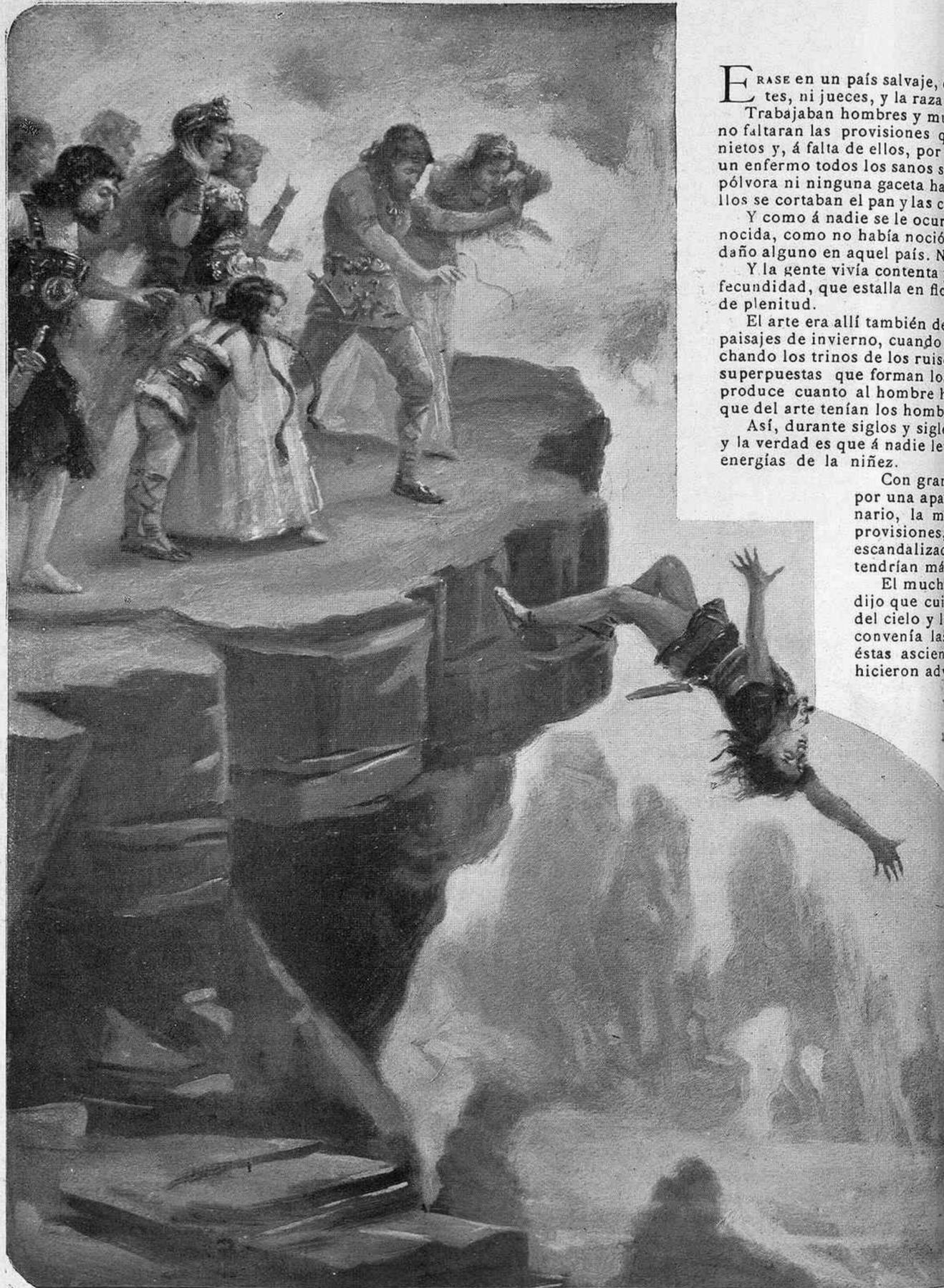


Ilustración de PABLO BÉJAR.

REGALO DE BODA

NADA hubiera podido herir tanto á Juanillo, como la revelación que las circunstancias acababan de hacerle. Era la víspera del día en que, en unión de varios compañeros de Santurce, tenía que salir para Zaragoza á cuya población había sido destinado con objeto de cumplir el tiempo de su permanencia en filas.

Durante toda la mañana y buena parte de la tarde empleó Juanillo el tiempo en despedirse de sus afecciones, y acá escuchando un consejo y en otro lado recogiendo alguna bagatela para el camino, hizo en todos lados buen acopio de frases cariñosas que, á falta de otro lenitivo á sus penas, cuando menos tenían el dón de alegrar su espíritu, como lo alegra todo aquel que puede gozarse en saber que en su ausencia hay personas cariñosas que le quieren y no han de ser ajenas á su buena ó mala suerte.

No olvidó tampoco Juanillo el visitar, uno por uno, todos los lugares donde tantas veces, desde sus primeros años, tuvo una impresión agradable ó disfrutó de alguna dicha.

Así se le vió recorrer el muelle y la carretera dirigiendo ardientes miradas á aquel mar que, en tan repetidas ocasiones, arrulló sus sueños y le proporcionó medios de subsistencia, subir luego por el camino del cementerio, desde cuya altura podía dominar el conjunto de casas para él tan queridas y allá, chiquitita, medio confundida con las que le rodeaban, la casucha donde nació, en la que su madre le dió sus primeros besos y le enseñó á balbucear las primeras palabras; en el centro la Iglesia, á la izquierda la plaza, á la derecha los palacios, todo lo cual se le ofrecía aún más hermoso que nunca, como si en su despedida quisiera mostrarse

risueño para no amargar la situación de Juanillo.

De familia nada. Sólo vivía, hacía años; muchos podrían interesarse por él, pero nadie lloraría. Es decir, alguien pudiera ser, ¡si María llorase!

Fuerte cosa era el acendrado amor que Juanillo sentía hacia aquella playera, aquella repasadora de redes, de ojazos negros que, mirando, infundían dichas y temores, esperanzas y desencantos.

Hablarla Juanillo de amores, jamás se le hubiera ocurrido. La quería, sí, la quería con toda su alma, con todo el fuego del que no tiene en la vida más que una sola persona en quien reconcentrar su cariño, sus ilusiones y sus esperanzas; pero nada hubiera adelantado con decírselo. María era pobre y él no contaba más que con dos tornidos brazos que apenas le bastaban para luchar con sus necesidades.

Sin embargo, Juanillo no quería abandonar



Santurce sin despedirse de María, sin verla por última vez y clavar mucho los ojos en los suyos, para que, lo que no le dijese los labios, se lo dijera el alma, y el alma la llevaba henchida de ilusiones. La despedida había de ser breve, y por eso quería Juanillo retrasarla, á fin de que más tiempo le durase el deseo y para que el recuerdo de María fuese el último recuerdo que del pueblo se llevase.

Paso á paso se dirigió Juanillo al barrio de la Virgen del Mar, á aquel barrio que tantas veces había rondado y desde el que, en tantas ocasiones, á sus solas había contemplado la puesta y salida del sol...

—Adiós, Miguel, no te olvides de mí, escíbeme todos los días y quiéreme mucho, mucho, como yo te quiero. Cuando vuelvas hablarás á mi padre y ya verás como se alegra. Entonces ya serás un hombre y yo una mujer formal. Adiós.

Estas frases, que fueron á clavársele en el corazón, las escuchó Juanillo en la misma esquina de casa de María y precisamente cuando iba á doblar la vuelta y penetrar en el umbral. Allí quedó como petrificado, con la mano apretándose el pecho para calmar sus latidos, á tiempo que el cielo, el mar, la carretera, todo parecía dar vueltas en su derredor y el camino, las aguas y el horizonte se le presentaban de color rojizo, color de sangre...

* * *

Juanillo y Miguel se habían hecho querer, desde los primeros días, de todos los jefes de su regimiento.

De carácter dócil y atento á la disciplina, consiguieron pronto distinguirse y antes del año ostentaban en las bocamangas de su uniforme los dorados galones de la clase de sargento, ascenso que no se hacía difícil en

aquella época en que, los frecuentes sorteos para cubrir bajas en Ultramar, tenían á los batallones poco menos que en cuadro.

El carácter de Juanillo en nada se había modificado. La alegría, hasta donde pueda disfrutarla el sér que siempre vivió en la miseria y la adversidad, aún dejaba una máscara de sonrisa en sus facciones, y cualquiera que, sin una observación constante, no descubriese, algunas veces, en Juanillo miradas glaciales de melancolía y tristeza, lo hubiera tomado por un sér feliz. Compartía amigablemente con todos sus camaradas y hacía partícipe de esta amistad, tal vez con preferencia á los demás, á Miguel, su paisano y rival.

La lucha en el corazón de Juanillo no existía, ó si existía la dominaba. Miguel, quien en cualidades físicas le superaba, tenía guardados algunos ahorros y sus padres le habían prometido ayudarle á su regreso para comprar la lancha «Trinidad», con la que, sin grandes apuros, pudiera ganarse la vida. Juanillo se conformaba con su suerte y ni por el menor indicio llegó á sospechar nunca Miguel, los sentimientos que en el pecho de aquél se abrigaban.

Una mañana, los tambores del batallón tocaron á bando y pocos momentos después circulaba la noticia por el cuartel de que iba á procederse á un nuevo sorteo, esta vez de mayor importancia que las anteriores y en el que se designarían oficiales, clases y soldados para la formación de un batallón expedicionario que marchase á la Gran Antilla, donde por entonces se hallaba en su apogeo la guerra cruel y el castigo de las enfermedades.

En medio de religioso silencio fueron extrayéndose del bombo los nombres de los elegidos por la suerte y, terminado el sorteo, un vivo destello de alegría iluminó los ojos de Juanillo, destello que poco á poco fué apagando, tornando su mirada á adquirir la más completa expresión de indiferencia.

Juanillo había quedado libre; entre los sargentos designados para abandonar la patria figuraba Miguel.

La aflicción de éste no tenía límites. Promesas, ofertas y ruegos no dieron resultado para encontrar sustituto y, fijado el día de la partida, tristemente se resignaba á embarcar.

La víspera se le acercó Juanillo y, llevándole á un lugar retirado de la compañía, le hizo sentar, mientras calmamente le preguntaba:

—¿Cuánto das al que vaya á Cuba por ti?

Miguel le miró asombrado y, animándose de pronto con un rayo de esperanza, dijo:

—Mil pesetas tengo para comprar una lancha cuando me licencie. Daré la mitad.

—Eso es poco, — contestó Juanillo.

—Es todo lo que puedo. Mira, Juanillo, María y yo nos queremos. Cuando vuelva á Santurce...

—Ya lo sé. Necesito las mil pesetas y voy yo.

—Pero, Juan; ¿y la lancha? ¿y mi porvenir? ¿y María?

—Perfectamente, guarda tu dinero. A la vuelta de Cuba compras la lancha y te casas.

—¡Juan!

—Ya te lo he dicho. Si me das las mil pesetas, voy yo.

—Pues bien, te las daré. Cuando regrese trabajaré y ahorraré.

—En ese caso no hay más que hablar. Trato hecho.

* * *

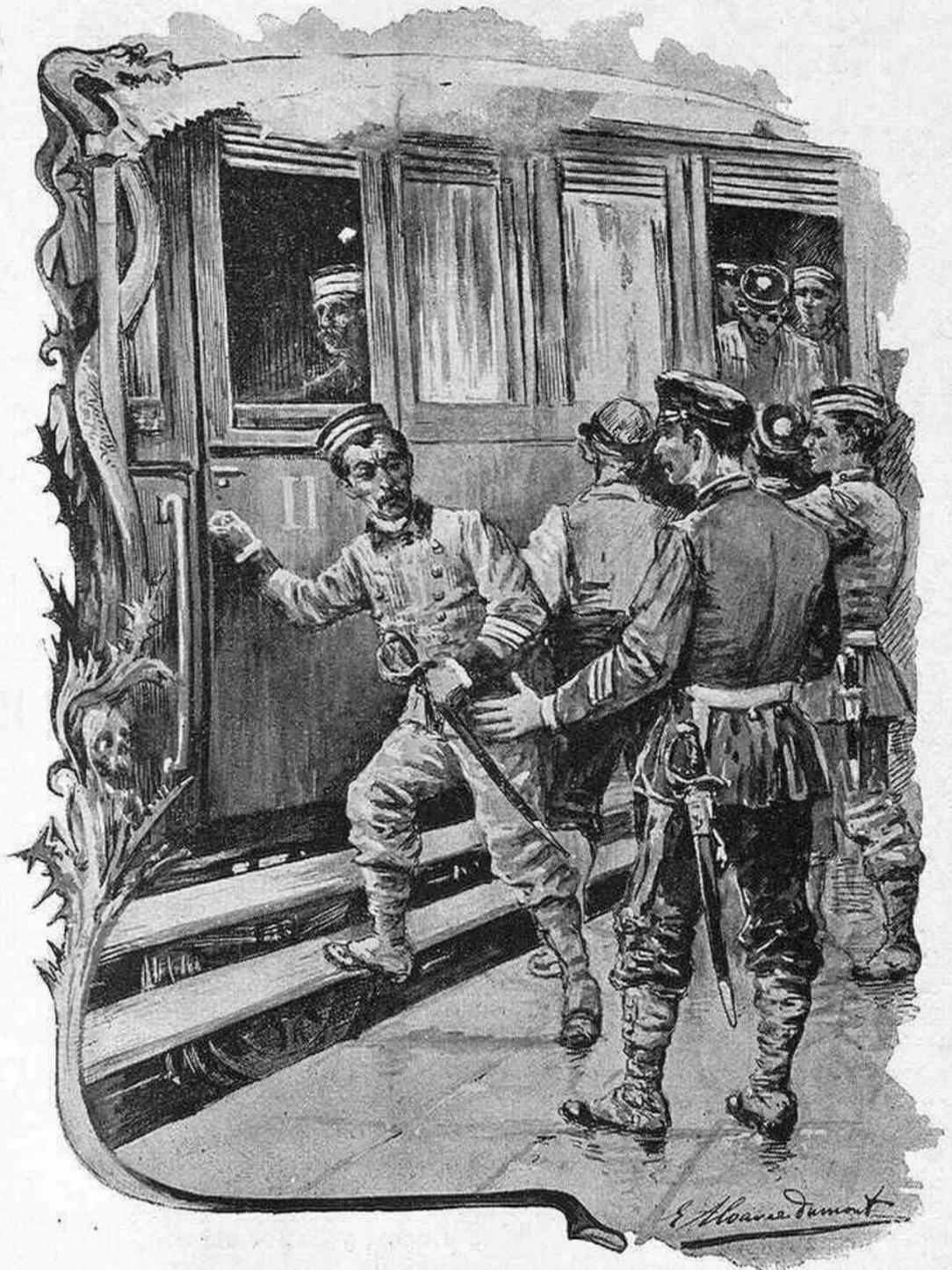
Al día siguiente numeroso público, que despedía á las tropas expedicionarias, se apiñaba en la estación de Zaragoza y la banda de música del regimiento, ejecutando la marcha de Cádiz, daba alientos á aquel puñado de héroes que, graciosamente, se disponían á perder su vida, entablado lucha con un imposible.

Juanillo, sereno, si bien denunciando su rostro alguna palidez, despedíase de sus amigos y cruzaba frases de aliento con sus compañeros de expedición.

Momentos antes de partir el tren, Miguel, que acababa de llegar, abrazó á Juanillo y con voz embargada por la emoción, le dijo:

—Gracias, gracias, te debo mi dicha. María te agradecerá eternamente lo que por mí haces, me quiere mucho y la haré feliz.

Bruscamente se separó Juanillo de los brazos de Miguel y, tomando sus facciones una expresión que jamás se le había conocido, dijo, ó más bien dejó escapar entre borbotones de rabia:



—No, por ti, no. Por ella lo hago. Por María, que sé que te quiere y en ti cifra su felicidad. Yo la amo, la quiero mucho, más que tú, pero no soy egoísta, porque su cuerpo no es lo que ambiciono. Su alma, su espíritu, su esencia es lo que yo adoro. Mis ensueños eran hacerla dichosa y marchándome los realizo, porque te quedas tú y María convertirá en realidades tus ilusiones. Que te ame, que se case, y... que viva dichosa. Este era mi encanto.

Y, trémulo, sin aguardar contestación, sin ver ni oír nada, se precipitó en el vagón, cerrando tras sí la portezuela, en el momento en que la locomotora silbaba y la banda de música entonaba por última vez la marcha de Cádiz y cientos de personas agitaban sus brazos en la estación, despidiendo á los expedicionarios á quienes aclamaban.



En Santurce no volvió á tenerse noticia alguna de Juanillo.

Unicamente María, unos días después de la salida de las tropas para Cuba, recibía, fechada en Cádiz, una carta lacónica á la que acompañaba un giro de mil pesetas.

—«Me voy á Cuba, —decía, — y Miguel queda. La guerra terminará pronto y Miguel no tardará en licenciarse. Como sé que cuando regrese á Santurce os casaréis, no quiero dejar de cumplir con los amigos y adjunto te mando ese giro que es mi regalo de boda.» — JUAN.

Miguel no reveló nunca su secreto.

José M.^a DE TERÁN

Ilustraciones de E. ALVAREZ DUMONT.

PASATIEMPOS

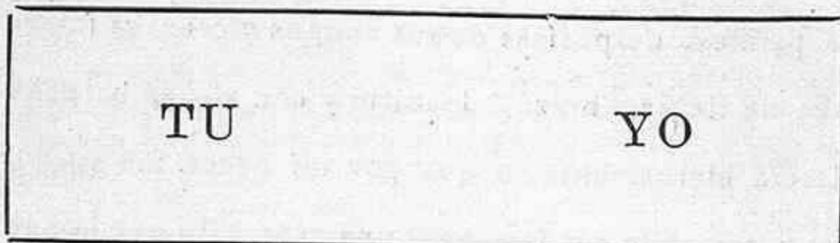
COMBINACION

				*					
				*					
o	o	o	o	*	o	o	o	o	o
				*					
o	o	o	o	*	o	o	o	o	o
				*					
				*					
				*					
				*					
o	o	o	o	*	o	o	o	o	o
				*					

Substituyendo ceros y esteriscos por letras, se leerá horizontalmente nombres de flores, y en los esteriscos el de una bellísima tiple española.

LOS VILLENENSES DE EL BORDOÑO.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



ZEPOL SIUL.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Tiempo del año.
- 5 1 2 7 4 3 9 8 — Prisa.
- 5 2 2 4 1 9 8 — Arrebatar.
- 5 6 7 8 3 9 — Daño.
- 1 2 3 4 9 — Grado de parentesco.
- 1 2 3 4 — Apellido ilustre.
- 6 7 8 — Percibir con la vista.
- 8 7 — Nota musical.
- 1 — Consonante.

J. F.

CHARADA

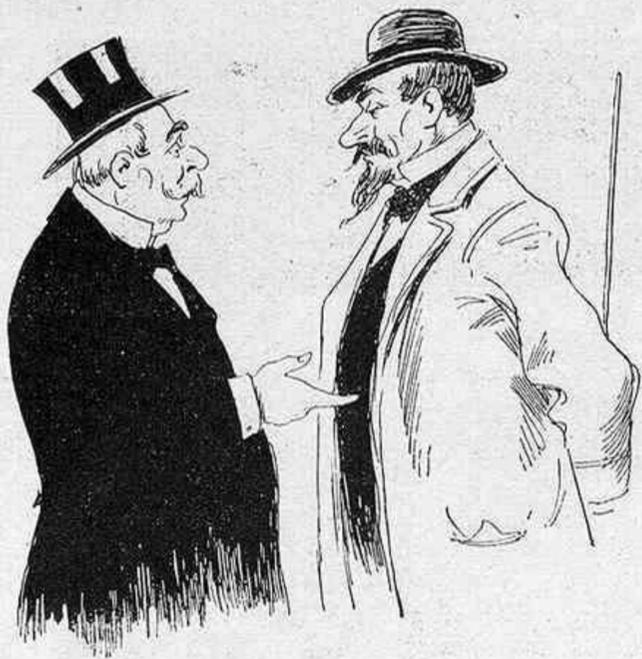
Primera tercia la flor cuando dos y dos, lector, su néctar la una dos tres, mas con el fin siempre es de dar producto mejor.

ANGEL SUERO.

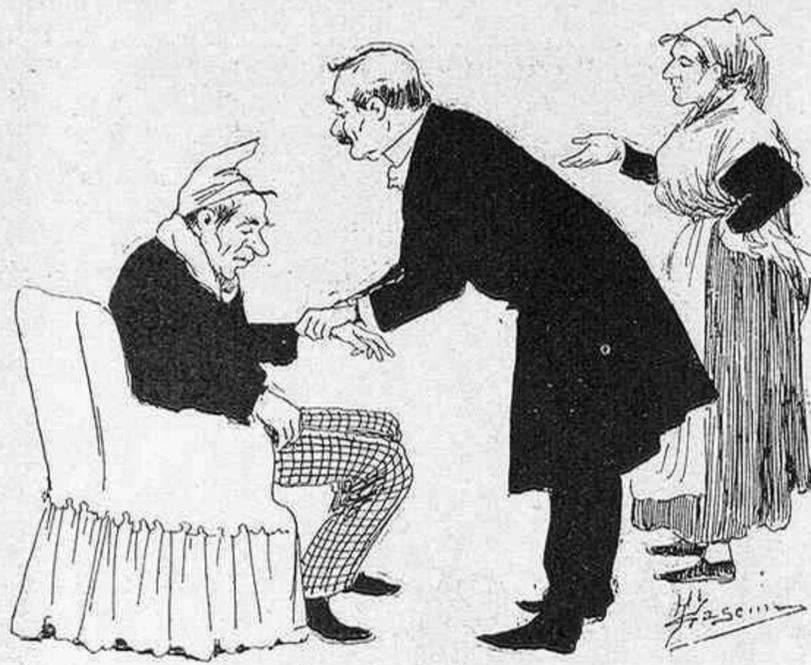
SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico comprimido. — Milagrosa.

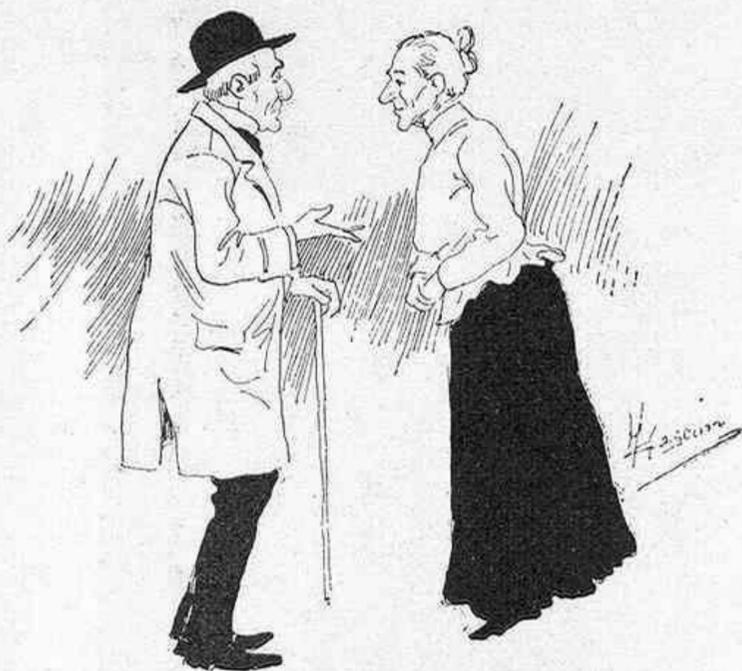
Charada. — Escario.



—¿Con que el pobre Pérez, por fin se nos fué?
—Qué desgracia. ¡Era tan excelente hombre como valiente general. Bien puede asegurarse que no encontró en su vida un solo enemigo...



—La economía de usted se halla en un estado deplorable.
—Ya se lo decía yo á usted, señor; tanta economía no podía dar buen resultado.



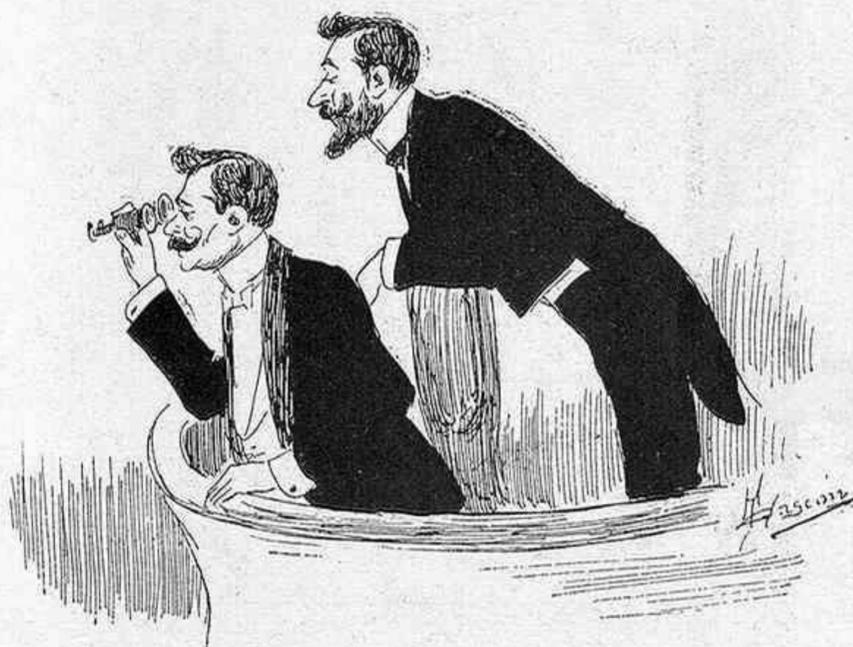
—Debías haber salido unos días al pueblo.
—No, Escolástico. Ya sabes mis proyectos; cuando uno de los dos se muera, entonces me retiraré al campo.



—¡Qué malos puros gastas!
—Pues me cuestan una peseta.
—¿Una peseta?
—De fósforos.



—Ya sabe usted; á las ocho tomamos el chocolate.
—Está bien, señorita; pero si á esa hora no me he levantado aún, pueden ustedes empezar sin mí.



—¿Por qué miras con los gemelos al revés?
—Porque está mi sastre en el anfiteatro de enfrente y cuanto más lejos le vea...

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón.»



SERIE 2.^a

Cartel artístico de «Els quatre gats». — Barcelona.

NÚM. 7